



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 1 DE OCTUBRE DE 2017

Olga de León/Carlos Alejandro

## Eco de voces y gritos

EL PRINCIPIO DE LA IRA  
OLGA DE LEÓN

Había una vez una comunidad que vivía en armonía con la naturaleza y sus congéneres. Contemplaban por las noches el firmamento y estudiaban los movimientos de las estrellas, especialmente de algunas que se agrupan formando constelaciones. Y haciendo sus cálculos matemáticos, iban deduciendo lo que había pasado o podría suceder dentro de años. Eran astrónomos, sin que lo supieran a ciencia cierta ni llamaran de esa forma a sus predicciones.

Uno de esos días, fray Bartolomé Arrazola se perdió en lo más espeso de la selva guatemalteca, según cuenta Monterroso. Cayó la noche y fray Bartolomé fue sorprendido por los indígenas. Quiso convencerlos de lo que sucedería si lo mataban, gracias a su cultura adquirida de las lecturas sobre Aristóteles, pretendió engañarlos diciéndoles que si lo asesinaran: “el cielo se oscurecería y...” para evitar que lo sacrificaran. No lo logró. Y lo dice Tito, magistralmente, al final de “El Eclipse”.

Si sobre algún conocimiento dejaron constancia nuestros antecesores, fue sobre los eclipses lunares y solares, los efectos del movimiento de la tierra y los ciclos de la luna y el sol sobre la agricultura, y su desarrollo en la orientación para la construcción de templos y pirámides. Sin embargo, la ignorancia —de no pocos, nacidos en épocas modernas y contemporáneas— acerca de las culturas que sentaron las bases para la actual tecnología y avances en muchas ciencias, aún no sale de tinieblas.

En esa comunidad de la que se habla al inicio de este otro cuento, nació un niño que nunca se hizo viejo por más que pasara el tiempo. Por eso las comunidades allende los océanos empezaron a viajar con cualquier pretexto, como buscar especias para sus guisos, pero en realidad iban tras una leyenda: ¡y encontraron el paraíso! Cuajado en oro, plata y piedras preciosas, amén de minerales, agua: materia prima para crear la electricidad, y tantas más riquezas.

El niño fue codiciado por todos los extranjeros, en cuanto lo conocieron y quisieron corromperlo con pedazos de vidrios multicolores, o cubiertos de plata por una de sus caras para reflejar lo que al frente tuviera más o menos cerca. Este eterno niño, ingenuo e inocente en el arte de la demagogia y la manipulación, pues siempre fue directo y honrado, creyó lo que le decían, aunado ello al temor de que su gran patriarca Huitzilopochtli estuviese enfurecido por algo que no le habían contado sobre las últimas guerras.

Transcurrió el tiempo, los siglos fueron sumándose, hasta que ese niño que no alcanzaba la mayoría de edad, se decidió a luchar por su independencia. Y fue ese deseo, el que lo transformó la noche de un quince de septiembre o madrugada del dieciséis. Pasó a ser adulto, con rencor y dolor acumulados como para no permitir que se le siguiera esclavizando, ni guiando por donde ellos quisieran para tomar de sus tierras también cuánto deseaban. Un día lo dominaron y catequizaron bajo la idea de que si ellos lo descubrieron salvaje, y luego lo bautizaron, entonces eran sus dueños:



...cuando ira y compasión al unísono cupo en quienes eran estudiados y conocían mundos mejores: se fraguó el sueño de libertad.

El grito —emblemático símbolo religioso oral— que el cura del pueblo dio, no tendría la dimensión requerida para los apátridas tiranos, pero sí hizo eco en las voces enconadas de quienes vivían como esclavos, y en las mujeres y hombres mestizos y españoles probos y justos.

El cura siguió su instinto humanitario, pero no alcanzó a ver la necesidad de romper totalmente con la madre patria, solo con el tirano en el poder. Habría de llegar otro cura más brillante y visionario, quien vio la necesidad de que aquel pueblo domesticado y violentado en sus organizaciones y credos bajo la promesa de un más allá maravilloso, recuperara su libertad independizándose de la corona española.

Morelos vivió para dejar asentados claros principios sobre libertad e independencia de un pueblo sojuzgado, al que habría que reconocérselo que los conquistadores lo “educaron”, y le abrieron los ojos sobre una moral que distingue entre el bien y el mal: la misma que ahora se practica como “doble moral”: porque se la impone al débil y subalterno, pero que no la siguen quienes juzgan con esa vara desigual, que suelen llamar: “ética, lealtad, justicia o democracia”.

¿En dónde habita la justicia, quién se beneficia del progreso, del trabajo del otro? Quizá ha sido un buen sueño o una pesadilla, la que tuve anoche. No lo sé de cierto, pero oigo gritos a ratos y voces armónicas en otros, que susurran o cuentan:

“Había una vez, en un lejano país...”

EN LA PARTE ALTA DE LA ZAPATERÍA  
CARLOS ALEJANDRO

Pita acomodó la almohada en el respaldo de la cama de hospital y realizó una mueca, no de burla sino de dolor, soltó un grito preguntándole a su hijo Tomás: “¿Por qué nada más vienes tú?”. Luego de un silencio, miró hacia el océano. Quería ver a su hija, pero ella nunca se aparecía en el hospital (a los hijos débiles, de quienes pensamos que no sobreviven al dolor, los sobreprotegemos).

Pita y su hermano Pedro habían heredado, hacía cuarenta años, la zapatería familiar: una tienda amplísima, de tres pisos, en el centro de la ciudad. La planta baja estaba dedicada a tacones y sandalias de dama; el segundo piso al zapato para caballero y el tercero a pantuflas, calcetines y botines, así como al pequeño museo de calzado que se había iniciado en tiempos de algún tatarabuelo, más de doscientos años atrás.

Mientras Pita permanecía en el hospital, su hermano Pedro se hacía cargo de la zapatería. Una vez al día tenía oportunidad de visitarla en su cuarto convaleciente; pero ya ahí, no pasaban ni quince minutos cuando recibía alguna llamada urgente desde la oficina: quizás el descuento de algún proveedor extranjero: una ganga imposible de dejar pasar. Había que tomar rápidamente una decisión, porque la oferta podía terminar siendo para los competidores. Luego de una o dos llamadas, el asunto había que resolverlo desde la oficina. Se despedía de Pita y ella se quedaba nuevamente en manos de su hijo Tomás.

Llegó el día en que a la hora de visita, en el hospital, el hermano Pedro de Pita, no recibió llamada que lo interrumpiera. Fue un presagio del que no estuvo consciente sino hasta mucho tiempo después, en una de las misas ofrecidas a su hermana difunta. Y aunque la obsesión del hermano Pedro de Pita por el trabajo era profunda, aquella tarde

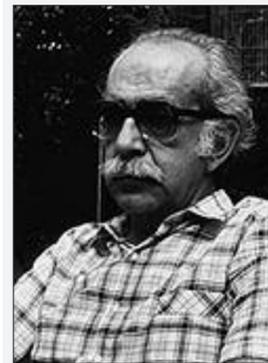
oscura como la muerte, pudo pasar una hora completa con ella, conversando con risas sobre ilusiones y amigos, recordaba las vacaciones, sin pensar en zapatitos de fieltro, ni en botas con piel de anguila, por una vez en su vida.

Al salir del hospital, el hermano Pedro de Pita, le dijo a su sobrino Tomás: “Dile a tu hermana que...” y prefirió el silencio. Sonrió y se despidió. Caminó al cajero del banco extranjero que se encontraba al lado del hospital y encontró una fila de seis o siete personas. Esperó hasta que la preocupación por la zapatería le hizo ver que desperdiciaba su tiempo. Entró al banco intentando realizar el retiro desde la caja.

Luego de dos minutos, avisaron que se había caído el sistema; si alguien deseaba realizar algún retiro, podría hacerlo en los cajeros afuera de la sucursal. Pedro regresó a la fila a donde había llegado inicialmente; la encontró tres veces más larga. “No debe uno dudar”, pensó. Y dejó la fila para regresar al hospital y decirle a Tomás lo que había dejado inconcluso: “—dile a tu hermana, que ya es tiempo de que visite a su propia madre en el hospital”.

Eso fue suficiente. El hermano Pedro de Pita quedó absorto una vez más con las ventas, los impuestos, los descuentos, los pedidos y el almacén. No quiso volver a pensar en su hermana ni en la muerte, que algún día también a él le llegaría, como a Pita dos días más tarde.

El domingo a las dos de la tarde, el hermano Pedro de Pita anunciaba por el altavoz de la zapatería el mismo mensaje que ya se difundía en la radio: “Se participa el fallecimiento de nuestra subdirectora general, la Sra. Pita viuda de Costilla y Pavón, cuyo cuerpo será velado en la parte alta de la zapatería; y donde también, nos encontraremos a sus órdenes para brindarles el mejor servicio”.



Autran Dourado

Valdomiro Freitas Autran Dourado nació el 18 de enero de 1926 en la ciudad de Patos de Minas, Minas Gerais, Brasil su padre era juez, por lo que durante su infancia cambió varias veces de residencia, mientras estudió la educación primaria vivió en la ciudad de Monte Alto y posteriormente en la ciudad de San Sebastián del Paraíso.

En 1940 se mudó junto a su familia a Belo Horizonte, ciudad en la que ingresó a la Facultad de Derecho y simultáneamente ejerció una labor periodística, además de ser taquígrafo de la Asamblea Legislativa del Estado, señala el portal electrónico “infoescola.com”.

Años después, en 1947, Autran Dourado cuando se estrenó en el mundo literario con su novela “Teia”, para dos años después unirse a un grupo literario con el que creó la revista “Edifício”. Poco después llegó su segunda novela bajo el título de “Sombra y exilio”, por la cual recibió el Premio Mário Siete do Jornal de Letras y en 1952 salió a la luz “Tiempo de amar”, con la cual recibió el Premio Ciudad de Belo Horizonte.

Después lanzó “Nueve historias en grupo de tres” (1957), obra que recibió el Premio Artur Azevedo del Instituto Nacional del Libro.

En opinión de sus biógrafos, a lo largo de toda su vida compaginó el ejercicio de la abogacía con la actividad literaria, su obra retoma los temas tradicionales brasileños en un esfuerzo de renovación de la literatura de su país natal.

Con un estilo que comprende un universo ficcional formado de contenidos a priori trágicos, en los que prevalece el clima poético y los personajes solitarios, melancólicos e inadaptados a la vida.

Luego de su etapa política, se destacó con su novela “La Barca de los Hombres” (1961), una especie de comedia humana, con referencia al escritor francés Honoré de Balzac (1799-1850) sobre la decadencia de la burguesía desde el siglo VXII, la cual fue elegida como el mejor libro del año por la Unión Brasileña de Escritores.

Su obra nombrada en su idioma original comprende cuentos como “9 Histórias em grupos de 3” (1957), “Solidão Solitude (1972), “O Novelário de Donga Novais” (1976), y novelas como “La barca de los hombres” (1961), “Una vida en secreto” (1964), “Ópera dos mortos” (1967), “Os Sinos da Agonia” (1974), “La trama del bordado” (1978) y “Armas e Corações” (1978).

Su consagración literaria, ocurrió cuando su novela “Ópera de los muertos” (1967) fue escogida por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) como integrante su de colección e Obras Representativas de la Literatura Universal.

ad pēdem literae

“La posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante.”

Paulo Coelho

Letras de buen humor

“De pequeño quise tener un perro, pero mis padres eran pobres y sólo pudieron comprarme una hormiga.”

Woody Allen

Joana Bonet

## Comer paisaje

La falsa ejemplaridad se exhibe pesante, igual que una cortina de terciopelo, escondiendo las humedades de la pared, al tiempo que la mentira social se utiliza para enmarcar la cara A de valores como éxito o liderazgo, y para borrar su cara B: fracaso y defenestración. Entre los famosos se ha puesto de moda afirmar que uno se cuida mucho, que come sano, hace yoga, duerme ocho horas y de vez en cuando ayuna. Lo repiten hasta la incredulidad en las revistas del corazón: su belleza y su triunfo se deben a lo bien que se alimentan y a que bailan zumba.

Nunca confiesan debilidades, aunque en España —y en el mundo entero— crezca al galope el uso de antidepresivos para que sus consumidores puedan levantarse de la cama. Hijos de los noventa que somos, conocimos de cerca la inflación de los malos hábitos y de sus estragos, y fuimos testigos del exceso, entendido como una manifestación del impulso de muerte, que según Freud es el principio fundamental de todos los demás impulsos.

Hoy, en cambio, asistimos al triunfo

de lo mal llamado orgánico (que tan sólo significa que está compuesto de carbono y, por tanto, vivo), de la glorificación de lo verde hasta el aburrimiento, y recuerdo aquella frase de la ocurrente Nati Mistral: “Yo no como paisaje”.

No es de extrañar que mujeres célebres como Arianna Huffington o Gwyneth Paltrow cambiaran de tercio con pasmosa naturalidad. La creadora de The Huffington Post dejó atrás su vida de superjefa disruptiva y dedica su tiempo a promocionar el buen dormir y a practicar una higiene del sueño. Y la actriz, que cada vez se prodiga menos en la gran pantalla, ejerce como una gurú del wellness tan controvertida como próspera.

Aceptemos que todo el mundo tiene una forma de consumir la ansiedad; unos a base de Trankimazin y otros de cúrcuma y jengibre. Hay gente que malcome y bebe cuando nadie les ve, ni ellos mismos son capaces de captar la imagen de su abandono, y en cambio es cuando más libremente cabalgan sobre ese impulso de muerte que cada uno maneja de la forma que puede. Ahí están los nuevos jinetes del asfalto, esos corredores



insumisos que luchan contra el colesterol, la grasa y, sobre todo, la ansiedad. Yo me cruzo con varios de ellos cada mañana: avanzan desmadejados, con la mirada perdida y una respiración húmeda, a punto de llegar a la meta de sí mismos.

En esta anhelada burbuja de oxígeno

puro, la salud se ha convertido en un horizonte inalcanzable. En ninguna otra época habíamos apreciado un cuidado tan obsesivo de uno mismo. Porque es cierto que la persona gramatical se ha desplazado: primero tú, luego los otros. Y la ideología del bienestar lo admite como políticamente correcto.